

Alejandro Dumas

Amaury

Traducción de
Manuel Hortonedá

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Amaury*
Traducción de Manuel Hortonedá

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Imagen: © Martín, J. / Anaya

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción Manuel Hortonedá, 2013, cedida por Ediciones Bantaria, S. L.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-223-5

Depósito legal: M. 32.501-2015

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Prólogo

Existe en Francia una peculiaridad tan genuina del carácter nacional que con dificultad se encuentra en otro país cualquiera: la conversación, en cuya especialidad no hay nadie que pueda competir con los franceses.

En el resto del mundo se discute, se argumenta, se sermonea; sólo en Francia se conversa por costumbre.

A veces, estando yo en Italia, en Alemania o en Inglaterra, me ha ocurrido anunciar de pronto que al día siguiente me volvía a París. Si alguien, admirado de tan súbita resolución, me preguntaba:

—¿A qué vas a París?

Yo le respondía sencillamente:

—A conversar.

Y quedaba asombrado al saber que yo, hartado de conversación, pensaba en hacer un viaje de centenares de leguas sólo por darme el gusto de conversar.

Nadie podía explicarse un capricho semejante. Sólo me comprendían los franceses. Éstos solían exclamar:

—¡Qué maravilla! ¡Qué placer!

Y sucedía a veces que alguno de ellos se venía conmigo.

A decir verdad no hay nada más grato que esas minúsculas tertulias que en un salón elegante improvisan unas cuantas personas charlando, dando vueltas a una idea mientras dura el interés que produjo, para abandonarla después de sacar de ella todo el partido posible,

cediendo al atractivo de otra nueva que a su vez surge en medio de las bromas de unos, de los discreteos de otros y de las agudezas de todos, lo cual no obsta para que de pronto, al llegar al punto culminante de su desarrollo, se desvanezca como pompa de jabón tocada por la dueña de la casa, que mientras sirve el té lleva de grupo en grupo el hilo del asunto general, recopilando opiniones, pidiendo pareceres, planteando problemas y obligando casi siempre a cada corrillo a verter su correspondiente frase en ese tonel de las Danaides que se llama «la conversación».

Por el estilo del salón que describo hay en París cinco o seis en los cuales no se baila, ni se canta, ni se juega, y sin embargo no se sale nunca de ellos antes del amanecer.

Entre estos salones se cuenta el de un buen amigo mío, el conde M... Digo amigo mío y en realidad debería decir amigo de mi padre, pues es el caso que el conde de M... quien por nada de este mundo es capaz de confesar motu proprio su edad (ni, por otra parte, tampoco hay quien se la pregunte), no bajará de los sesenta y tantos años bien cumplidos, aunque no represente más de cincuenta, gracias al esmero con que cuida su persona. Es uno de los últimos y más genuinos representantes del tan calumniado siglo XVIII, lo cual debería sin duda explicar su falta de creencias, lo que (dicho sea en su honor), no le ha hecho caer, como a la mayoría de los incrédulos, en el afán de empeñarse en que los demás dejen de creer también.

Puede decirse que hay en él dos principios, uno hijo del corazón y otro del entendimiento, que mutuamente se repelen. Es egoísta por sistema y generoso por naturaleza. Nacido en tiempo de nobles y filósofos, el instinto aristocrático viene a equilibrar en su espíritu la independencia del pensador. Conoció a los hombres más conspi-

cuos del pasado siglo. Fue bautizado por Rousseau con el título de ciudadano, Voltaire le auguró que sería poeta, Franklin le recomendó simplemente que fuese un hombre honrado y bueno.

Juzga el año terrible, el cruento 93, como juzgaba san Germán las proscripciones de Sila y las matanzas de Nerón. Con escéptica mirada ha presenciado el desfile de los asesinos, de los septembristas y de los guillotinadores, primero en carro y luego en carreta. Ha conocido a Florian y a André Chénier, a Demoustier y a madame de Staël, a Bertin y a Chateaubriand; ha rendido homenaje a madame Tallien, a madame Récamier, a la princesa Borghese, a Josefina y a la duquesa de Berry. Ha asistido al encumbramiento de Bonaparte y a la caída de Napoleón. El padre Maury y Talleyrand le llaman discípulo: es un diccionario de fechas, un catálogo de acontecimientos, un archivo de anécdotas, una mina de agudezas.

Nunca ha querido escribir por temor a perder su estatus, pero en cambio presume de narrador.

He ahí por qué su salón, como he dicho más arriba, es uno de los cinco o seis salones de París en los que, sin haber juego, música, ni baile, se pasan de un modo grato las horas hasta bien entrada ya la madrugada. Cierto es que en las tarjetas de invitación escribe de su puño y letra: Tertulia, como otros estampan: Baile. Fórmula que suele alejar a banqueros y cambistas, pero que atrae a los hombres de ingenio, siempre gustosos de hablar; a los artistas, dispuestos a escuchar, y a los misántropos de todo género, que nunca complacieron a la dueña de la casa bailando un solo, con el fútil pretexto de que la contradanza recibe ese nombre por ser lo contrario de lo que llamamos danza.

Es innegable, además, que posee un admirable talento para cortar con una sola palabra, ya el desarrollo de

cualquier teoría que esté en pugna con el modo de pensar del auditorio, ya toda discusión que tienda a hacerse pesada.

Cierto día, un joven melenudo y barbudo hacía en su presencia desmedidos elogios de Robespierre, se declaró acendrado partidario de su sistema, lamentó su prematuro fin y auguró su rehabilitación como un acto de justicia.

–Ese gran hombre no ha sido bien comprendido –dijo al terminar su perorata.

–Pero sí guillotinado, afortunadamente –replicó el conde de M...

Esta frase dio fin a la conversación por aquel día.

Hace como un mes asistí yo a una de estas reuniones. A última hora se había hablado ya de tantas cosas que, agotados los temas, se inició una conversación sobre el amor. Se había hecho general y entre los grupos se cruzaban algunas palabras sueltas.

–¿Quién habla por ahí de amor? –preguntó el conde de M...

–El doctor P... –contestó una voz.

–¡Ah! ¡Es curioso! ¿Y qué dice el doctor?

–Que el amor es una congestión cerebral de carácter benigno que se puede curar poniendo al enfermo a dieta, aplicándole sanguijuelas y empleando sangrías moderadas.

–¿Así opina usted, doctor?

–Claro que sí, aunque me parece preferible la posesión. Ese sí que es el remedio más eficaz.

–Está bien, pero supongamos que ésta no se consigue y que en tal trance no acudimos a usted, que ha hallado la panacea universal, sino a alguno de sus colegas, menos prácticos que usted en la terapéutica, y que le espetamos esta pregunta concreta: «¿Podemos morirnos de amor?».

–Eso no se puede preguntar a los médicos, sino sólo a los enfermos –repuso el doctor–. Respondan ustedes, señoras, y ustedes también, caballeros.

Arduo era el problema y, como no podía menos de esperarse, hubo división de opiniones. Los jóvenes, que creían tener tiempo de sobra para morir de desesperación, respondieron que sí. Los viejos, cuya vida pendía ya de un ataque de gota o de un simple catarro, contes-taron que no. Las mujeres se limitaron a esbozar un gesto de duda. Eran demasiado altivas para negar y demasiado sinceras para afirmar.

Pero todos se empeñaban en explicar sus votos respectivos, así que no había manera de entenderse.

–¡Bueno! –dijo el conde de M...–. Yo voy a aclarar la cuestión.

–¿Usted?

–Sí, señores, yo mismo.

–¿Cómo?

–Explicándoles a ustedes un amor que mata y un amor que no acaba con la existencia.

–¿Así, pues, hay varios amores? –preguntó una mujer que era tal vez, de todas las presentes, la que menos debiera haber hecho semejante pregunta.

–Sí, señora –respondió el conde–. Crea usted que costaría trabajo enumerarlos. Pero vamos al asunto. Aún no son las doce, de modo que disponemos de unas horas. Está cayendo una copiosa nevada, aquí nos calentamos ante un fuego magnífico y ustedes forman un auditorio muy de mi agrado, conque, prepárense a oírme. ¡Augusto! Ordene usted que cierren bien las puertas y tráigame aquel manuscrito que usted sabe.

Obedeció el interpelado, que era el secretario del conde, joven amable y distinguido, del cual se susurraba que podía ser acreedor a un título más íntimo, y en ver-

dad el paternal cariño que el conde le mostraba parecía justificar esta creencia.

La palabra manuscrito originó un movimiento de impaciente curiosidad y todo el mundo se dispuso a escuchar con religiosa atención.

—Perdonen ustedes —dijo el conde—. No hay novela sin prólogo, y yo debo concluir el mío. Adelantándome a toda sospecha he de advertir en primer término que nunca inventé nada. Explicaré cómo ha venido a mis manos ese manuscrito. Hace año y medio fui nombrado albacea de un amigo mío, y al registrar y clasificar sus papeles me topé con unas Memorias. Él, como médico que era, escribió en ellas una especie de autopsia... (no hay que asustarse, señoras, me refiero a una autopsia moral, a una de esas autopsias del corazón que a ustedes les gustan tanto). Con esas Memorias encontré otro diario de distinta letra, unido a sus recuerdos del mismo modo que la biografía de Kreisler se confunde con las meditaciones del gato Murr. Yo conocía aquella letra: era la de un joven a quien había visto muchas veces en casa de mi amigo, su tutor. Los dos manuscritos, que sueltos resultaban incomprensibles, se completaban mutuamente para formar una historia que me pareció muy... ¿cómo diré?... muy humana. Me interesó mucho, a causa tal vez del escepticismo que me atribuyen... ¡Felices aquellos a quienes se les crea una reputación, sea cual fuere!... Decía, pues, que a causa del escepticismo que se me atribuye, casi nunca encuentro cosas que me interesen, y al ver que aquel relato me había subyugado totalmente el corazón... (perdone usted, doctor; yo bien sé que en sentido estricto, esa víscera no interviene en tales asuntos, pero por fuerza hay que valerse del lenguaje corriente para hacerse entender). Juzgué por tanto que una historia que tanto me había cautivado tenía que emocionar también a mis contemporáneos. Y ade-

más, ¿por qué ocultarlo?, la vanidad no era del todo ajena a mi propósito: ambicionaba el título de escritor aunque para alcanzarlo tuviera que perder mi fama de hombre de ingenio, como le sucedió a M... aquel consejero de Estado a quien todos ustedes conocen. Me puse a la tarea de ordenar ambos diarios y enumerar sus hojas colocándolas de modo que la narración fuese inteligible. Borré después los nombres propios, que sustituí por otros muy diferentes, y puse todo el relato en tercera persona. Aquello se convirtió en dos tomos bastante voluminosos...

—Que usted no ordenó imprimir porque aún viven los personajes de esa historia. ¿No es así?

—Se equivoca. De los dos personajes principales, el uno murió ya hace año y medio, y el otro salió de París hace dos semanas, y yo les considero a ustedes demasiado atareados y olvidadizos como para reconocer a un muerto y a un ausente, por mucha semejanza que exista en los retratos. Dista mucho de ser ése el motivo que me ha impulsado a ocultar los nombres.

—¿Pues cuál es?

—¡Silencio! No se lo digan ustedes a Lamennais, ni a Béranger, ni a Alfred de Vigny, ni a Soulié, ni a Balzac, ni a Deschamps, ni a Sainte-Beuve, ni a Dumas. Me han dicho que cuente con uno de los primeros sillones que queden vacantes en la Academia a condición de que siga sin escribir absolutamente nada. En cuanto me nombren, recobraré mi libertad de acción y haré de mi capa un sayo. Augusto —prosiguió el conde, dirigiéndose al joven, que acababa de entrar con el manuscrito—, siéntese usted y lea: le escuchamos.

Obedeció Augusto, tomó asiento en el acto, y cuando todos nos acomodamos bien para ser, como suele decirse, todo oídos y no perder detalle del relato, el joven comenzó así su lectura:

Uno

Al dar las diez de la mañana de uno de los primeros días de mayo del año 1838, se abrió la puerta cochera de un palacete de la calle de los Mathurins para dar paso a un joven montado en magnífico corcel de pura raza inglesa. Tras él y a la debida distancia salió un criado vestido de negro y montado también en un purasangre, pero visiblemente inferior al primero.

No había más que ver a aquel jinete para clasificarlo entre los que, sirviéndonos de una palabra de la época, llamaremos petimetres. Era un joven que aparentaba tener unos veinticuatro años y vestía con estudiada sencillez, que revelaba en él esos hábitos aristocráticos que se adquieren desde la cuna y que no puede moldear la educación en aquellos que no los posean ya de un modo natural.

Hay que reconocer que su aspecto estaba en perfecta consonancia con su apostura y su traje, y que no era fácil imaginar facciones más elegantes que las de su rostro orlado de negros cabellos y negras patillas que le servían de marco y al que prestaba un carácter altamente distinguido la mate y juvenil palidez que lo cubría. Es cierto que el tal joven, último representante de una de las más añejas familias de la monarquía, llevaba uno de esos antiguos apellidos que van extinguiéndose de día en día, hasta el punto de que muy pronto no figurarán ya sino en la historia. Se llamaba Amaury de Léoville.

Si del examen externo, esto es, del aspecto físico, pasáramos al del aspecto moral, veríamos fielmente reflejado en su sereno semblante su espíritu. La sonrisa que de vez en cuando erraba por sus labios como si a ellos quisieran asomarse las impresiones de su alma, era la del hombre feliz.

Vayamos en pos de ese hombre tan privilegiado que posee a un tiempo buena cuna y fortuna, juventud y distinción, belleza y felicidad; porque es el protagonista de nuestra historia.

Salió de su casa al trote corto, y a este paso llegó al bulevar: dejó atrás la Madeleine, y tomando por el barrio de Saint-Honoré entró en la calle Angoulême.

Allí acortó el paso mientras fijaba con persistencia su mirada, que hasta entonces había vagado al azar, en un punto de la calle.

Lo que tanto atraía su atención era un precioso palacete situado entre un florido patio y uno de los extensos jardines, ya muy raros en París, que los ve desaparecer poco a poco para ceder el paso a esos gigantes de piedra sin aire, sin espacio y sin verdor, llamados casas con notoria impropiedad. Frente al edificio se detuvo el caballo, como obedeciendo a la costumbre, pero el joven, tras lanzar una intensa mirada a las ventanas, que estaban cerradas o imposibilitaban toda investigación indiscreta, siguió su camino, volviendo de vez en cuando la cabeza y consultando con frecuencia el reloj como queriendo asegurarse de que aún no había llegado la hora en que debían franquearle las puertas de aquella hermosa mansión.

No le quedaba otro recurso que el de matar el tiempo de algún modo. Se acercó, pues, a la armería Le Page y se entretuvo en derribar algunos muñecos, la misma suerte corrieron después varios huevos, y al final algunas moscas.

Como los ejercicios de destreza aguijonean el amor propio, el joven, aun sin otros espectadores que los criados, estuvo cerca de una hora consagrado a este deporte. Después volvió a montar a caballo, se dirigió al trote hacia el Bois, y al tropezarse con un amigo en la puerta de Madrid le habló de las últimas carreras y de las próximas de Chantilly, y así, conversando, transcurrió otra media hora.

Se encontraron en la puerta de Saint-James con un tercer paseante, recién llegado de Oriente, que les relató de un modo tan interesante la vida que había llevado en El Cairo y en Constantinopla, que en tan amena conversación pasó una hora o quizá más. Entonces nuestro héroe ya manifestó impaciencia, y despidiéndose de sus amigos, se dirigió al galope a la esquina de la calle Angoulême que da a los Campos Elíseos.

Se detuvo en aquel lugar, consultó el reloj, y al ver que marcaba la una, se apeó, dejó el caballo a cargo del criado, se adelantó hacia la casa ante cuya fachada se había detenido hacía tres horas, y llamó a la puerta.

Si Amaury hubiese abrigado algún temor, no habría dejado de parecerle muy extraño a quien hubiera observado la sonrisa con que le recibían todos los criados, desde el conserje que acudió a abrirle la verja hasta el ayuda de cámara que al pasar encontró en el vestíbulo, sonrisa reveladora de que lo consideraban como miembro de la familia que habitaba en el palacio.

Por eso al preguntar el joven si el señor d'Avrigny estaba visible, le contestó el criado, como quien habla a una persona con la cual no rezan ciertas trabas impuestas por las conveniencias sociales:

—No lo está, señor conde, pero en el saloncito encontrará usted a las señoras.

Y como se dispuso a adelantarse para anunciarle, el joven le indicó que no hacía falta. Amaury, como buen

conocedor del terreno, llegó enseguida a la puerta del saloncito en cuestión, que precisamente estaba entreabierta, y antes de entrar permaneció un instante en el umbral como fascinado por el cuadro que se ofrecía ante su vista.

Dos hermosas jóvenes, de unos dieciocho a veinte años, bordaban en un mismo bastidor, casi enfrente la una de la otra, mientras que una señora inglesa, situada junto a la ventana, las contemplaba con curiosidad cariñosa, olvidándose de reanudar la lectura del libro que tenía entre las manos.

Hay que reconocer que nunca pintor alguno reprodujo un grupo más atractivo que el que formaban, casi juntas, las cabezas de aquellas dos criaturas, tan diametralmente opuestas en sus rasgos físicos y en su carácter. Parecía que el propio Rafael las había unido para hacer un estudio de dos tipos dotados de la misma gracia, aunque ofrecieran al unirse el contraste más vivo.

Era la una, en efecto, rubia y pálida, con largos bucles a la inglesa, ojos de cielo y cuello de cisne. Un tipo que recordaba a aquellas delicadas y vaporosas vírgenes osiánicas prestas a deslizarse sobre las nieblas que coronan las cimas de las áridas montañas escocesas o a esfumarse entre las brumas que invaden las llanuras británicas. Una de esas visiones que tienen a un tiempo naturaleza de mujer y de hada, sólo vislumbradas por el genio de Shakespeare, que logró transportarlas del mundo de la fantasía al de la realidad: portentosas creaciones que nadie había alcanzado adivinar antes que él, que nadie ha repetido después, y a las que él puso los dulces nombres de Cordelia, Ofelia o Miranda.

Tenía la otra, en cambio, cabellos negros cuya doble trenza servía de orla al ovalado rostro. Con sus ojos brillantes, sus labios rojos y sus vivos y resueltos ademanes,

parecía una de aquellas doncellas doradas por el sol de Italia, a las cuales reunía Bocaccio en la villa Palmieri para leerles los alegres cuentos de su *Decamerón*. Rebosaba su cuerpo vida y salud, en su mirada chispeaba la gracia cuando ésta no brotaba de sus labios. Su tristeza, si alguna vez la sentía, nunca llegaba a velarle por completo la expresión risueña que animaba habitualmente su rostro, y aun a través de su melancolía se dejaba adivinar su sonrisa como se presiente el sol tras una nube de verano.

Así eran las dos muchachas que, inclinadas sobre el mismo bastidor, hacían surgir sobre el lienzo un ramo de flores en el cual, fieles a su temperamento, ponía la una lirios y jacintos de suave blancura, mientras la otra lo adornaba con claveles y tulipanes que le prestaban animación con sus tonos de fuego.

Pasados unos instantes de muda contemplación, empujó Amaury la puerta, y entró en la sala.

Al oír el ruido las dos jóvenes volvieron la cabeza, lanzando un grito como gacelas sorprendidas por el cazador, al tiempo que animó un fugitivo rubor las mejillas de la rubia y una suave palidez blanqueó ligeramente el rostro de la morena.

—Ya veo que he hecho mal en no dejar que me anunciaran —dijo el joven, adelantándose hacia la rubia, sin cuidarse de su amiga— pues te he asustado, Madeleine. Perdona mi ligereza: siempre me he tenido por hijo adoptivo del señor d'Avrigny y procedo en esta casa como si todavía fuese uno de sus comensales.

—Haces muy bien, Amaury —respondió Madeleine—. Además, creo que aunque quisieras obrar de otro modo no sabrías, pues no se pierden así en pocas semanas las costumbres adquiridas en el transcurso de dieciocho años. Pero ¿no le dices nada a Antoinette?...

Amaury se apresuró a estrechar la mano a la morena, diciéndole sonriente:

—Perdóneme usted, querida Antoinette, ante todo tenía que presentar mis disculpas a la que había asustado mi torpeza: he oído el grito de Madeleine e instintivamente he corrido hacia ella.

Y volviéndose hacia el aya, añadió:

—Señora Brown, tengo el honor de saludarla.

Con cierta expresión de tristeza, sonrió Antoinette al estrechar la mano del joven, pensando que también ella había gritado, sin que su voz llegase a los oídos de Amaury.

La institutriz no había visto nada, o mejor dicho, lo había visto todo, pero se había detenido su mirada en la superficie de las cosas, sin profundizar.

—No se excuse, conde —dijo—. Convendría que con frecuencia se actuase como usted lo ha hecho para curar a esta criatura de su impresionabilidad, que debe de proceder de su cavilosa imaginación. Creo yo que se ha construido un mundo aparte en el cual busca refugio tan pronto como dejan de sujetarla al mundo material. No sé qué es lo que pasa en ese mundo, pero si esto continúa, seguro que acabará por abandonar los dos, y entonces su existencia será el sueño y en sueño se convertirá su vida.

Madeleine clavó en el rostro del joven una amorosa mirada que parecía decirle: «De sobra sabes tú en quién pienso cuando estoy tan abstraída, ¿verdad, Amaury?».

Antoinette, que sorprendió esta mirada, se levantó, pareció quedar perpleja un instante y después, abandonando definitivamente su interrumpida labor, se sentó al piano y empezó a ejecutar de memoria una fantasía de Thalberg.

Madeleine continuó bordando y Amaury ocupó un asiento a su lado.

Dos

El joven dijo a su amada en voz baja:

–¡Es un horrible tormento, Madeleine, el no poder vernos con libertad y a solas muy de tarde en tarde! ¿Crees que es casualidad o que tu padre lo ha dispuesto de este modo?

–No sé qué pensar, Amaury –respondió Madeleine–. Sólo puedo decirte que lo siento como tú. Cuando podíamos vernos a todas horas no sabíamos apreciar en su justo valor nuestra dicha. No en vano dicen que la sombra es lo que hace que el sol sea deseable.

–¿Hay inconveniente en que hagas comprender a Antoinette que nos prestaría un gran servicio alejando de aquí un rato a la señora Brown? Me parece que se queda aquí más por costumbre que por prudencia, y no creo que tu padre le haya dado el encargo de vigilarlos.

–Ya se me ha ocurrido muchas veces, y no sé a qué atribuir el sentimiento que me retiene. Siempre que abro la boca para hablar de ti a mi prima siento que se ahoga la voz en mi garganta. Y sin embargo, ella no ignora que te quiero.

–También yo lo sé, Madeleine, pero necesito que me lo digas tú misma en voz alta. Para mí no hay dicha comparable a la que disfruto al verte, y aun así preferiría privarme de ella a tener que contemplarte ante personas

extrañas, frías e indiferentes que obligan al disimulo. No acierto a expresarte lo que en este momento me mortifica semejante tiranía.

Madeleine se levantó y dijo sonriente:

—Amaury, ¿quieres ayudarme a buscar en el jardín algunas flores? Estoy pintando un ramo y el que hice ayer se ha marchitado ya.

Antoinette dejó el piano al oír esto y cruzando con ella una mirada de inteligencia repuso:

—Madeleine, no debes salir al aire libre y exponer tu salud con el tiempo tan frío y nublado que está haciendo. Ya iré yo. ¡Verás qué ramo tan precioso voy a traerte! Señora Brown, hágame el favor de traerme al jardín el ramo que verá usted en un jarrón del Japón sobre una mesita del cuarto de Madeleine, porque hay que hacerlo igual a ése.

Y diciendo esto bajó al jardín por la escalinata, mientras que el aya, que no tenía que cumplir orden alguna respecto a Amaury y a Madeleine y que conocía los vínculos de afecto que les unían desde la niñez, iba en busca del ramo.

Amaury la siguió con los ojos, y en cuanto la perdió de vista tomó con dulzura la mano de Madeleine y exclamó con acento apasionado:

—¡Ya nos han dejado solos, siquiera sea por un instante! Aprovechémoslo, Madeleine: mírame, dime que me amas, pues si he de serte sincero, desde que he visto a tu padre tan transformado, ya dudo de todo. De mí, ya sabes que te amo, que te amo con todo mi corazón.

—¡Sí, Amaury, lo sé! —dijo la joven, exhalando un gozoso suspiro, de esos que parecen aliviar un corazón oprimido—. Al verme así, tan delicada, me parece que únicamente tu amor me da la vida. ¡Qué singular es lo que me pasa, Amaury! Viéndote a mi lado, respiro mejor

y me siento más fuerte. Antes de tu llegada y después de tu partida noto que me falta el aire, y tus ausencias son demasiado prolongadas desde que no vives en nuestra compañía. ¿Cuándo voy a tener el derecho a no separarme de ti, que eres mi alma y mi existencia?

—Oye, Madeleine, pase lo que pase, esta misma noche pienso escribir a tu padre.

—¿Y qué ha de ocurrir, sino que al fin se realizarán los sueños de toda nuestra vida? Desde que cumplimos tú veinte años y yo dieciocho, ¿no venimos considerándonos destinados el uno al otro? Escribe a mi padre sin temor, que no pondrá pegas a nuestros ruegos.

—Me encantaría compartir tu confianza, Madeleine... Pero por desdicha veo de algún tiempo a esta parte a tu padre muy cambiado conmigo. Después de haberme tratado durante quince años como si fuera su propio hijo, ahora me mira como si fuera un extraño. Después de haber vivido a tu lado como un hermano, hoy mi entrada te asusta y lanzas un grito al verme...

—Ese grito me lo arrancó el gozo, Amaury. Jamás me sorprende tu presencia, puesto que siempre la espero, pero estoy tan débil y soy tan nerviosa, que todas las impresiones me causan un efecto extraordinario. Pero no te preocupes por eso; acostúmbrate a tratarme como a aquella pobre flor sensitiva que hace unos días atormentábamos por puro entretenimiento, olvidándonos de que tiene vida como nosotros y de que tal vez le hacíamos mucho daño. Ten en cuenta que yo soy como ella. Tu presencia me da el bienestar que sentía en mi niñez al sentarme en el regazo de mi madre. Cuando Dios me la quitó te puso junto a mí para que la reemplazaras. A ella le debo mi primera existencia; a ti te debo la segunda. Ella hizo que brillase para mí la luz del mundo; tú, en cambio, me enseñaste la del alma. Amaury, para

que renazca eternamente tuya, mírame siempre: no apartes de mí tus ojos.

—¡Ah! ¡siempre, siempre! —exclamó Amaury cubriendo sus manos de besos ardientes y apasionados—. Madeleine, ¡te amo! ¡Te amo con pasión!

Pero al sentir aquellos besos la pobre niña se levantó temblorosa y febril, y con la mano apoyada sobre el corazón, exclamó:

—¡No! Así, no. Tu voz apasionada me trastorna; tus labios me abrasan. Trátame con miramiento. Acuérdate de la pobre flor sensitiva. Ayer quise contemplarla y la encontré marchita, muerta.

—Haré lo que tú quieras, Madeleine. Siéntate y deja que me sienta en este almohadón a tus pies. Si mi amor te conmueve demasiado te hablaré como un hermano. ¡Gracias, Dios mío! Tus mejillas vuelven a tener su color natural. Ya ha desaparecido el brillo extraño que me sorprendió cuando entré y la triste palidez que las cubría. Ya te encuentras mejor, Madeleine; ya estás bien, hermana mía.

Madeleine se dejó caer en la butaca, inclinando el rostro, medio oculto por sus rubios cabellos, cuyos bucles rozaban apenas su frente.

Sus alientos se entremezclaban.

—Sí, Amaury, sí —dijo la chica—. Me haces ruborizar y palidecer cuando te parece. Eres para mí lo que el sol para las flores.

—¡Ah! ¡Qué placer! ¡Qué feliz soy al poder darte así la vida, con la mirada, al poder reanimarte con una palabra! ¡Te amo, Madeleine, te amo!

Reinó el silencio un momento, y en ese instante pareció concentrarse toda el alma de Amaury en los ojos.

De pronto se oyó un leve ruido. Madeleine alzó la cabeza. Amaury se volvió y vieron al señor d'Avrigny que les miraba con manifiesta severidad.

–¡Mi padre! –exclamó Madeleine echándose hacia atrás.

–¡Mi querido tutor! –dijo Amaury levantándose para saludarle y sin poder disimular su turbación.

El padre de Madeleine, antes de responder, se quitó con calma los guantes, dejó el sombrero sobre una butaca, y sólo entonces rompió el glacial silencio que mantuvo un rato angustiados a los dos jóvenes. Finalmente, dijo con acritud:

–¡Ya estás aquí otra vez, Amaury! ¡Menudo gran diplomático vas a ser si sigues estudiando la política en los tocadores y las necesidades y los intereses de tu país viendo bordar a las niñas! A este paso no serás por mucho tiempo simple agregado. Pronto te nombrarán primer secretario en Londres o en San Petersburgo, si te concentras en la ciencia de los Talleyrand y los Metternich haciendo compañía a una colegiala.

–Señor d’Avrigny –contestó Amaury con un acento en el cual vibraban a la vez el amor filial y el orgullo herido–. Quizá a sus ojos descuide yo algo los estudios a que usted me ha destinado, pero puedo decirle que el ministro nunca ha observado en mí esa falta y que ayer mismo leyendo un trabajo que me había encomendado...

–¡Vaya! ¿Conque el ministro te ha encomendado un trabajo?... ¿Y sobre qué, vamos a ver? ¿Sobre la formación de un nuevo club de jockey, sobre los principios del boxeo o de la esgrima, sobre las reglas del deporte en general o del *steeple-chase* en particular? ¡En tal caso, ya me explico su evidente satisfacción!

–Pero, querido tutor –repuso Amaury, sin poder reprimir una ligera sonrisa–, tengo que hacerle observar que todos esos conocimientos superfluos que usted me critica los debo a su cuidado casi paternal. Usted me ha dicho siempre que la esgrima y la equitación, unidas al

conocimiento de algunos idiomas extranjeros, completan la educación de un noble en nuestra época.

—Así es, y no lo niego, cuando esos adornos se toman como una distracción de los trabajos serios, pero no cuando se consideran un pretexto para divertirse. Veo que eres el prototipo de los hombres de nuestro siglo, que creen poseer la ciencia infusa. Que con pasarse una hora por la mañana en la Cámara, otra en la Sorbona por la tarde y otra en el teatro por la noche, se consideran capaces de eclipsar la gloria de Mirabeau, de Cuvier y de Geoffroy, juzgando todas las cosas desde la altura de su ingenio y dejando caer con desdén sus fallos de salón en la balanza donde se pesan los destinos de la humanidad... ¿Conque ayer te felicitó el ministro? ¡Enhorabuena! Vive de esas gloriosas esperanzas, descuenta esos pomposos elogios, y el día en que llegue la ocasión te traicionará la suerte. Porque a los veintitrés años, dirigido por un tutor bonachón, te ves doctor en Derecho, bachiller en letras y agregado de embajada. Porque asistes de uniforme a las fiestas palatinas. Porque te han prometido la cruz de la Legión de honor, lo mismo que a otros muchos que aún no la tienen, crees ya haberlo hecho todo y que lo demás te lo ofrecerá la suerte. Tú razones así: «Soy rico, y por lo tanto, tengo derecho a ser inútil», y con arreglo a tan clarividente raciocinio, tu título de nobleza ha quedado reducido al privilegio de la vagancia.

—¡Padre! —exclamó Madeleine, atemorizada por la irritación creciente del señor d'Avrigny—. ¿Qué estáis diciendo? ¡Nunca os he visto tratar a Amaury de ese modo!

—¡Señor d'Avrigny! —decía el joven, aturdido por las palabras de su antiguo tutor.

—¡Cómo! —repuso el padre de Madeleine con acento más tranquilo, pero más mordaz—. Te ofenden mis re-